

Alfonso Reyes Aurrecoechea

En su centenario (1916-2016)

Le tocó ser parte de la generación que junto a personajes como Enrique C. Livas y Raúl Rangel Frías, concretó la llamada segunda fundación de la Universidad de Nuevo León en 1943 y consolidarla a través de un trabajo ejemplar como universitario desde el campo de la cultura, las artes, el periodismo y constructor institucional; aportaciones que van de la mano junto a sus valores personales y contribuciones al desarrollo de muchos jóvenes.

POR DANAE JIMÉNEZ LIMÓN Y HAYDEE PATRICIA CANTÚ ELIZONDO

Alfonso Reyes Aurrecoechea nació en San Luis Potosí el 25 de septiembre de 1916. Fue el quinto hijo de Tarso Reyes Castillo, ministro evangélico protestante, y de Asunción Aurrecoechea, traductora. Sus siete hermanos fueron, Virginia, Vicente, Virgilio, Angelina, Alfa, Álvaro y Chonita.

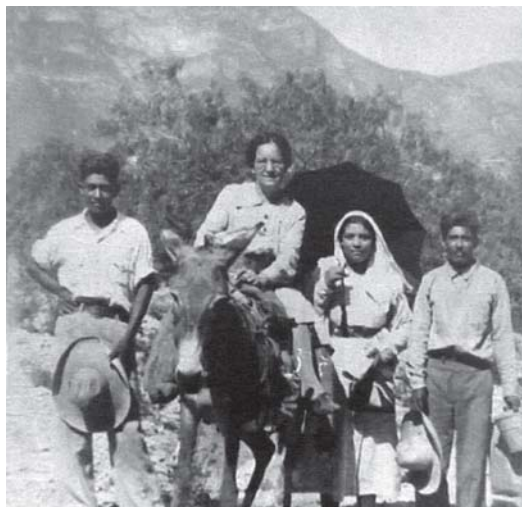
Al fallecer su padre en Chihuahua, en 1921, a sus cinco años se trasladó junto con su madre y sus hermanos a la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Su madre, con ayuda de familiares y amigos, se enfrentó a la adversidad con un fuerte compromiso hacia su familia, educó a todos sus hijos de una manera exitosa, algo inusual en aquellos tiempos.

“Desde muy chico [Alfonso] entendió el valor de la solidaridad humana y del portento femenino porque vio surgir a su madre altiva de la viudez prematura”, señala su nieta Cordelia Rizzo.

Cuando su madre fue enviada por la congregación evangélica como traductora al Paso, Texas, él quedó al cuidado de su abuela materna, Nicolasa Dávila, y enviado como interno al Colegio Industrial Agrícola en Montemorelos, N. L.

En 1922 ingresó al Instituto Laurens, de tradición protestante, que dirigía el profesor José de la Luz Marroquín, en donde cursó primaria y parte de la preparatoria, desarrollando su gusto por el dibujo, impulsado por su maestro Antonio Decanini, de quien dijo ser discípulo, además de aprender las primeras letras de su maestra Prudenciana Marroquín Rodríguez.

Abandonó el Instituto Laurens en su tercer año de preparatoria para cambiarse al Colegio Civil, para luego ingresar al segundo año en la Escuela Normal, resultando elegido por sus compañeros como presidente de la Sociedad de Alumnos a sus 17 años de edad; ligándose con otros líderes estudiantiles y dirigiendo una huelga.



Reyes Aurrecoechea vio surgir a su madre, traductora por la congregación evangélica, altiva de la viudez prematura.

Conoció a Raúl Valdez Benavides, compañero de la escuela y director de la revista *Renacimiento*, quien lo invitó a participar en ella, a lado de Humberto Espinosa Benavides. “Raúl –recordaba– fue mi primer compañero de armas en las letras”.

Egresó de la normal en 1937, e inmediatamente comenzó a trabajar como maestro en el Instituto Laurens durante los siguientes ocho años.

En 1940 ingresó a la Universidad de Nuevo León como profesor de dibujo al natural en la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”, siendo elegido por sus compañeros como consejero maestro ante el Consejo Universitario, y a la par hacía los títulos de los egresados para la Escuela Normal Superior, realizando aproximadamente ocho mil títulos; un año después siguió elaborando títulos, pero ahora sólo para la Universidad de Nuevo León.

Alfonso Reyes desarrolló su conocimiento sobre la imprenta, principalmente por las publicaciones de la Universidad en las que participó, cuidando las ediciones de las mismas. La primera imprenta que visitó fue Impresora Monterrey, en donde se enviaban las publicaciones de la Universidad, fue ahí cuando aprendió cómo funcionaban los linotipos, corregía pruebas y terminaba páginas, poco después aprendió a diseñar las páginas junto con los dibujos que llevaban. El contacto que mantuvo

con Impresora Monterrey sería una base fundamental para el trabajo que desarrolló en *Armas y Letras* en 1945, haciendo el diseño de la revista.

Su trabajo en *Armas y Letras* no concluyó ahí, sino que desarrolló y expandió su conocimiento de las artes, de la impresión y luego como escritor. En 1945, siendo lector de los críticos de arte de la Ciudad de México, redactó su primer artículo sobre José Clemente Orozco y el sentido humano de la pintura contemporánea. Con ello hizo surgir la crítica de arte en Monterrey; pasó de los juicios de la capacidad técnica y académica de los pintores a una evolución que le permitió juzgar los valores modernos y contemporáneos de la pintura mexicana. Al artículo sobre Orozco siguieron otros sobre Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Alfredo Ramos Martínez, Saturnino Herrán y Federico Cantú.

En 1947 fue nombrado jefe de la sección de Artes Plásticas, dependencia del Departamento de Acción Social de la Universidad. Bajo su dirección comenzó un proyecto de artes plásticas, la cual se organizaba en el marco de las actividades del departamento. Estas clases se impartían en los pasillos de la Facultad de Ingeniería Civil, en donde antes estaba la entonces reciente licenciatura de Arquitectura.

Fue tanto el éxito y el desarrollo artístico que se estaba produciendo que Reyes Aurrecoechea invitó al rector Octavio Treviño a una exposición de trabajos realizados por los alumnos, quedando maravillado y emocionado al ver la pasión con la que los muchachos trabajaban.

Estas clases de artes plásticas fueron el antecedente de lo que después sería la Escuela de Artes Plásticas, instituida y organizada por Alfonso Reyes, de donde fue director por algún tiempo; la escuela se inició en el edificio del Colegio Civil, y sería cambiada más adelante al Campus Mederos como Facultad de Artes Visuales.

Algunos alumnos destacados en los inicios de la escuela fueron Jorge Rangel (futuro maestro y director de la misma escuela), Rodolfo Ríos, Rubén Salinas Medina, José Guadalupe Ramírez Santos, Antonio Pruneda, José Guadalupe Guadiana, Gerardo Cantú, entre otros.

Con la entrada a la rectoría de Raúl Rangel Frías, a principio de la década de los cincuenta, como



Con Oralia Martínez Siller formó su hogar desde el 27 de septiembre de 1941, con quien tuvo cinco hijos: Fernando, Alfonso, Alma Elisa, Oralia Asunción y María Eugenia.

parte de su proyecto para impulsar la cultura en la Universidad, se realizaron diversas actividades artísticas, así como la Escuela de Verano, donde era colaborador Alfonso Reyes en la organización de algunos eventos, llevándose a cabo exposiciones de pintura, presentaciones de danza y teatro de carácter nacional e internacional.

A partir de diciembre de 1950 se desempeñó como secretario del Patronato Universitario, institución encargada de obtener y administrar recursos externos, apoyar a las actividades universitarias y salvaguardar el patrimonio, así como los bienes muebles e inmuebles.

Dirigió desde su fundación en 1951 hasta 1960 el periódico *Vida Universitaria*, el cual tenía el objetivo de dar a conocer las actividades de la vida estudiantil, imprimiéndose hasta diez mil ejemplares, siendo una cantidad muy elevada para le época.

Durante el periodo en el que estuvo en el periódico, escribía la editorial, textos literarios,

Dirigió desde su fundación en 1951 hasta 1960 el periódico *Vida Universitaria*, el cual tenía el objetivo de dar a conocer las actividades de la vida estudiantil.

filosóficos y culturales, además su ilustre homónimo, Alfonso Reyes Ochoa, publicó la célebre sección “Las burlas veras”.

Su etapa en *Vida Universitaria* la consideró “mis años más felices [...] bueno, a parte de los que he vivido con mi mujer. Fue una etapa muy





En 1958 en el Aula Magna presentó su primera exposición de retratos: “Rostros de Monterrey”.

hermosa de mi vida, en la que siempre hubo progresos”.

Con Oralia Martínez Siller formó su hogar desde el 27 de septiembre de 1941, con quien tuvo cinco hijos: Fernando, Alfonso, Alma Elisa, Oralia Asunción y María Eugenia.

Invitado por el filósofo Raúl Roa Bárcenas viajó a Cuba en 1954 donde dio una serie de conferencias sobre pintura mexicana en las universidades de La Habana y de Oriente; también presidió el Instituto Checoslovaco de Relaciones Culturales en un tiempo en que varios artistas universitarios fueron enviados a realizar estudios en ese país.

En sus tiempos libres dentro del periódico, Alfonso Reyes aprovechaba para cultivar su pasión por el dibujo que perfeccionó a lo largo de su vida, junto a la pintura al óleo. “Mi primer recuerdo de él –recuerda su nieta Cordelia Rizzo– es tomar lápices de prisma color y hojas. Mi relación con mi abuelo se da con el papel en blanco”.

Hizo los retratos de los beisbolistas entronizados al Salón de la Fama, de los presidentes de México, de universitarios ilustres; además de medallas conmemorativas como socio de la Sociedad Numismática. En el Aula Magna presentó su primera exposición de retratos en 1958: “Rostros de Monterrey”.

Sin embargo, él decía: “no soy un artista completo porque me quedé en la artesanía, pero hago los dibujos con mucha alma”. A todos en su casa los dibujó. Fue maestro de dibujo al natural y modelado, modelado anatómico, historia del arte, literatura mexicana e hispanoamericana en la Facultad de Arquitectura –cuando funcionó en el Colegio Civil–, además de docente en las facultades de Ciencias Biológicas, Agronomía, Filosofía y Letras, Preparatoria No. 3 donde fue secretario de 1946 a 1947; en el Instituto de Capacitación Magisterial y en la Normal Superior del Estado.

En 1965 fundó la editorial Alfonso Reyes, en la que llegó a publicar hasta ciento cincuenta



títulos; su labor humanitaria quedó plasmada en su editorial imprimiendo y editando libros de bajo costo con el fin de que gran parte de la población tuviera uno a su alcance. Entre los primeros libros que se publicaron están, *Biografía del doctor Ángel Martínez Villarreal*, *El centinela fiel del constitucionalismo*, con más de mil páginas.

Alfonso, considerándose un hombre de izquierda, publicó material de apoyo al movimiento estudiantil de 1968. En 1978 cerró su ciclo en la editorial, para continuar con otros proyectos.

Además de desempeñarse como literato, incursionó en el mundo de la escultura, entre sus primeros trabajos escultóricos está el relieve a

José Martí colocado en su obelisco en la Calzada Madero; el del Dr. José Eleuterio González, situado en el Congreso del Estado; de Moisés Sáenz Garza en la Normal Superior; de Alfonso Reyes ubicado entonces en el palacio municipal de Monterrey, uno de sus últimos trabajos; de José Silvestre Aramberri y Guadalupe Victoria, instalados en los municipios que llevan sus nombres.

Alfonso Reyes Aurrecoechea falleció el 11 de agosto de 1991. “Con esa sonrisa se despidió – recuerda Cordelia–, yo no veía muerte, sólo a un hombre frágil pero sereno, había en él una alegría mínima atravesando su dolor, como un dejo de gratitud por tener la oportunidad de partir rodeado de amor y con la conciencia de que dejó huella”.

Además de su obra artística, dejó sus escritos en *El Tiempo*, *El Porvenir*, *Tribuna*, *Nacional*, *Roel* y *Previsión y Seguridad*, publicó los libros *La mirada crítica*, *Efemérides nuevoleonenses*, *Orozco, una voz mexicana de categoría universal*; *Alfonso Reyes, entre burlas veras y Evocación de Francisco M. Zertuche*.

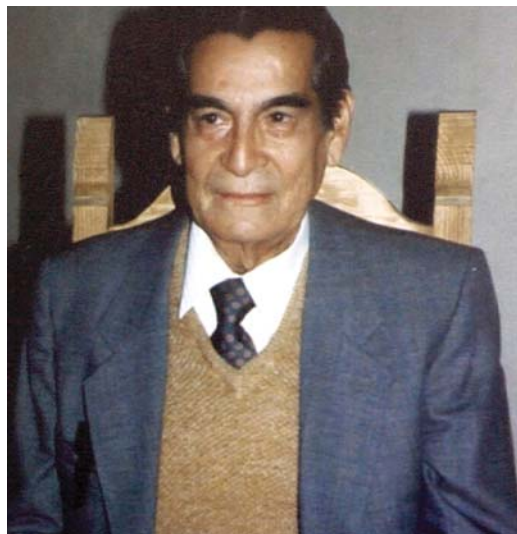
Recibió múltiples reconocimientos y premios, el del 25 Juegos Florales de Aguascalientes, el Certamen Nacional de Crítica de Arte, la preseña Bernabé de las Casas (1990), la medalla al mérito histórico capitán Alonso de León (1991) y, posmortem, la medalla Diego de Montemayor (1992).

“A su partida –dice su nieto Alfonso Reyes Garza– nos dejó una estela de hechos buenos. Su vida fue un canto a la amistad, al empuje y al amor al prójimo”.

Hombre del Renacimiento encerrado en el siglo XX, lo definió Horacio Salazar Ortiz, quien ofreció las palabras de despedida cuando, como universitario, se le veló en el Aula Magna antes de ser sepultado en el parque funeral Guadalupe, donde como epitafio rezan unas palabras del gran poeta iraní Saadi: “fui sólo una arcilla sin valor, mas viví algún tiempo con las rosas”.

Fue un hombre sencillo, moderado y modesto, hizo de estas virtudes sus compañeras de toda su vida; ni las posiciones de poder ni los halagos lo desequilibraron, por el contrario, siempre mantuvo su temple a todo prueba, además de ser cariñoso y amoroso.

Convivió con sus nietos de una manera paternal; eran proverbiales las idas al río Santa Catarina o al rancho de El Barrial para volar



Fue un hombre sencillo, moderado y modesto, hizo de estas virtudes sus compañeras de toda su vida, que fue un canto a la amistad, al empuje y al amor al prójimo.

papalotes que él mismo elaboraba como un arte, cuadrados con esquinas redondeadas. “Lo recuerdo preparando el engrudo, lo acompañábamos a cortar carrizo, deshilar una camisa vieja para la cola del papalote”, dice Reyes Garza.

Poco antes de fallecer expresó: “efectivamente, fui escritor, dibujante, pintor, escultor, tantas cosas, bueno o malo, pero lo fui, todos estos pensamientos me han dado una especie de regocijo, de alegría interior, en este juego en que yo he sido el principal animador. En términos generales creo que soy una persona más o menos culta. Ya han pasado tantos años desde aquellas veces en que le decía a mi mamá: ‘tú quieres que yo vaya a la escuela, pero si yo no sé leer’ y oí la respuesta de mi madre que una y otra vez me decía: ‘precisamente para eso vas a ir, para que te enseñen’. Cuánta razón tenía ella”.